

MEJOR IMPOSIBLE

Después de 8 meses en la isla por fin pude ver a mis seres queridos, mi princesa guapísima y radiante. La vi cambiada, ya no es tan tímida y vergonzosa. El haberme marchado de su lado la ha hecho madurar. Y mi rey... ¡tan pequeño! Sólo pensar en él se me hace un nudo en la garganta y me manan las lágrimas de dolor. Mi chico con sólo 12 años está hecho un hombrecito. Ha crecido en estos meses. Cuando nos vimos nos fundimos en un abrazo interminable. Besos y abrazos... quién pudiera en estos días.

Llegué un 8 de marzo a Sevilla, el Covid-19 estaba en otros países. Las noticias hablaban de China y de Italia, y yo como muchos vivíamos al margen como si nunca fuera a afectarnos. Llegué de noche y llamé a casa de mis padres, ella en camión abrió la puerta y me recibió con un quejido de alegría y dolor, llegué de sorpresa. Nos abrazamos y sólo lloramos y lloramos, a veces me sostenía la cara para observarme mejor como si buscara en mi rostro alguna cosa mala. Luego miraba en mis ojos alguna pena que yo pudiera transmitirle pero solo encontraba calma. La semana más maravillosa que jamás pude vivir en ocho meses de trabajo duro, de decepciones, de soledad, de experiencias duras. Y aun sin saber lo que me esperaba. Esa semana fue "mejor imposible". Cuando volvía para la isla lo hice con Ryanair. El 15 de Marzo, ese domingo ya estaba el estado de alarma en toda España. El aeropuerto canceló casi todos los vuelos, yo buscaba en los paneles el

mío ¡No quería quedarme allí! ¡No podía! Veía a gente con mascarillas, yo los miraba con cara de “no es para tanto”, “sólo afecta a los ancianos”. Cuando ya estaba en el avión, dispuestos a despegar el avión, éste paró los motores y el comandante habló: “Señores pasajeros nos informan que debido al estado de alarma por el Covid-19 nuestro vuelo no puede realizarse a la hora prevista tenemos que esperar hasta nueva orden de momento. Estaremos hasta las 17:00h. Perdonen la demora no es problema del avión”. “La la la laa”. La gente empezó a protestar los peques conforme pasaban los minutos encerrados en el avión estaban cada vez más inquietos y molestos. Yo pensaba que era un secuestro, otros tenían sed, otros hambre. Nuestro vuelo tendría que haber despegado a las 14:45h lo que a Ibiza llegaríamos a las 16:00h. Antes de salir de casa mi madre, quería que me llevara bocadillos y refrescos, y yo riendo, le convencía que no hacía falta, pues el viaje solo sería de 2 horas como mucho. Me arrepentí. Las azafatos no podían servir nada hasta que no estuviéramos en el aire. Llegaron las 17h y volvió a hablar el comandante. Pidió disculpas he intentó calmarnos, la espera se alargó hasta las 19h. Hubo pasajeros que bajaron del avión insultando, yo no quería bajar, me angustiaba esa situación. Tenía hambre por tanto pedí patatas de bolsa y chocolate. Esto era un ensayo de lo que iba a venir después. Los chicos de delante de mí tenían una conversación muy interesante a la que me uní rápidamente, allí dentro hicimos grupos de debate. Llegaron a las 19h, esas 2h se me pasaron rápidas y por

fin despegamos. Llegué a Ibiza a las 20:15h, el corazón se me aceleraba, ya estaba a salvo. Bajé del avión y respire profundamente, tranquila y me dije, mejor imposible. Me despedí de los chicos y nos dimos los teléfonos para poner la reclamación pertinente a la compañía, que al día de hoy no se ha pronunciado. No había nadie esperándome, cogí el bus y llegué a la casa de mi amiga. No me abrían nadie, la llamé al móvil pero no lo cogía...a la décima vez, por fin, lo cogió. Me dijo que no podía acogerme, que estaba asustada por el virus, que lo sentía pero no podía poner en peligro a su familia. No podía creerlo, me senté en el suelo del portal y lloré y lloré, me sentí desolada, traicionada, perdida. La gente pasaba delante pero no preguntaban, algunos me miraron con desprecio como si fuera una indigente con su maleta en un portal dispuesta a pasar la noche entre cartones. Llamé a Lhaj, sabía que él no me fallaría, estaba lejos, cerca de San José, en el barrio de Ibiza de Figueretas. No dudó ni un segundo en ir a mi encuentro. Mi Lhaj, siempre leal, le debo todo pues me salvó de una muerte segura. Cuando abrí los ojos, vi la habitación con destellos rojos y un chisporroteo inquietante, la habitación estaba en llamas. Yo grité ¿Fuego! Él dormía en la cama de al lado, dio un salto y con las manos desnudas golpeaba las llamas intentando apagar el fuego que devoraba los muebles. Yo me quedé inmóvil, no podía reaccionar. Él me agarró del brazo y me sacó de allí y después se desplomó en el suelo. En el hospital nos dijeron que tenía quemaduras de 2º grado en manos y pies. La recuperación fue lenta, un mes de

curas que yo me asegure de que todos los días fuese a es viver y tomara la medicación. Hoy apenas tiene cicatrices. Volví al chavolo, que hace tiempo dejé pero donde iba si no, con él estaba segura, protegida, querida. Después de que algunos días que yo le dije que no podía seguir allí, nos fuimos. Vivían más chicos musulmanes y me incomodaba esa convivencia. No tenían apenas luz, ni baño, a veces discutían entre ellos y yo no podía vivir así. El confinamiento era cada día más real y duro, el virus ya estaba en todo el mundo. Cada dos días salíamos a comprar y ducharnos a casa de un amigo con el temor que la policía nos parara. Por si eso ocurría, yo tenía mis respuestas preparadas.

Cerca del chavolo, había un barrio de casa bajas. Una de ellas parecía deshabitada y decidimos habitarla hasta que pasara la cuarentena. Cuando entramos la casa estaba en plena reforma, apenas con algún mueble, una cama, un sofá viejo y lleno de polvo. La cocina en bruto y el baño sin wc ni lavabo. Rápidamente la convertimos en un hogar medianamente habitable, no había agua fuera pero teníamos un pozo del que sacar agua. Compramos un fuego eléctrico en Ubagua por teléfono para poder cocinar. Ahora sí, ahora estábamos bien solos, tranquilos, confinados, sí, pero felices. Nos miramos y reímos y dije "Ahora loquito, mejor imposible". Pasaron 5 días, y todo estaba tranquilo. Las noticias eran cada vez más desoladoras y las normas más estrictas.

Era por la tarde sobre las 5, cuando Lhaj hablaba con su familia por videollamada y yo bebía una cerveza mientras jugaba a masterchef en el móvil. De repente golpearon la puerta y gritaron ¿eh quien hay ahí? Yo salí a la puerta, era un hombre grande y fuerte de 1'80cm y corpulento, llevaba un perro pastor Alemán, el perro estaba agitado, nervioso con la mirada fija en mí y el hombre no paraba de gritar: ¡Fuera, fuera de mi casa hijos de puta! ¡Que hacéis aquí desgraciados! Yo temblaba de miedo, sólo quería que Lhaj desapareciera, sabía que le harían daño, justo el hombre nada más entrar en la vivienda visualizó a Lhaj y rápidamente me ignoro. Fué hacia él empujándolo e insultándolo. Detrás entró otro chico con la ropa de seguridad para más intimidación. Yo intentaba explicarle que no me considerara okupa, sólo que era una circunstancia extrema y de cuarentena y le rogaba que nos dejara allí, que nos pusiera un alquiler hasta pasar el confinamiento, pero el hombre no entraba en razón y su mirada emanaba ira y furia. Jamás vi una mirada así. Le quitó el bozal al perro y con una orden el perro se abalanzó a mordiscos a Lhaj. Yo quería que parara y me metía por medio, grité de tener terror y lloré suplicando que parara, sólo ahí el tío se detuvo. Cogió su perro y nos gritó que nos daba 5 minutos para salir de su propiedad. Llamé a la policía, expliqué qué ocurría y en cero coma estaban allí. Hablaron con el dueño y ya no se acercó más a nosotros. La policía trataba de hacernos entender que estábamos cometiendo un delito y que debíamos abandonar la vivienda enseguida, yo contestaba que no tenía donde ir, que no

podría quedarme en la calle, que nunca había hecho esto de ocupar una propiedad privada y que no me interesaba quedarme, pero ante la situación de estar encerrados en casa no me quedaba más remedio que estar ahí. Entonces la policía me comentó que Cruz Roja había habilitado un polideportivo en “Blanca Dona” para las personas que se encontraban en la calle. Yo no confiaba en esa alternativa, no creía que hubiera sitio para los 2 después de 13 días de la norma del confinamiento. Llamaron y si dijeron que sí, que nos esperaban ese mismo día. Recogimos nuestras cosas y nos despedimos amablemente de la autoridad. Al dueño le lancé mi mirada más despreciable que pude, lo maldije para mis adentros. Pasé mucha vergüenza, pues los vecinos miraban desde sus ventanas con miradas de asco y desprecio como si fuéramos asesinos. Yo también les devolvía la mirada como si fueran alimañas esperando su presa. Cogí un taxi y me llevó al lugar. Recuerdo que yo lloraba sin consuelo mientras hablaba por teléfono con Lhaj, no quería estar sola, no sabía que era aquello. Quién había ni cómo me recibieron. Me sentía derrotada, agotada, vulnerable, humillada... el taxista era joven y me dijo que él era de Sevilla, lo que me alegró en ese momento. Sentí que había alguien conmigo y apiadado de mí y se ofreció a ayudarme en alimentos o cualquier cosa que necesitara en los siguientes días. El taxista paró el taxímetro mucho antes de llegar al destino y me dio su teléfono. Ese fue un gesto muy hermoso y precioso, le agradecí entre sollozos y risas de desesperación su buena voluntad. En la cancela de entrada vi un

seguridad al que me dirigí para preguntar si estaba en el sitio correcto, me dijo que esperara un momento y luego una chica de Cruz Roja. Yo tenía la mirada perdida, apenas prestaba atención a nada, me tomaron la temperatura y me abrieron el recinto.

¿Dónde estás Lhaj? Solo me apresuraba a decir que no quería que me preguntaran ni que me pidieran los datos personales. Sólo pensaba en Lhaj. Él venía en otro taxi, solo uno por taxi, pero no llegaba, no venía y yo desesperaba a cada minuto, me hundía. Y a dentro del recinto observé con pudor muchas camas todas alineadas y ordenadas y mesas portátiles. Mucha gente cenando y algunos deambulando de un lado para otro. El llanto me venía a ratos uno de los seguridad me prestaba atención e intentaba calmarme o consolarme. Cuando llegó él, mi alma quedó tranquila y serena. Él seguía enfadado. Nos miramos, nos vimos las chaquetas rajadas por los mordiscos del perro, le sonreí con la mirada calmada para que se sintiera bien. Nos dieron guantes y mascarillas, nos duchamos y cenamos. La cama era buena, cerré los ojos y dormí profundamente.

Hoy 14 de abril seguimos confinados. El mundo está paralizado. Pienso en los niños agobiados y esos padres desquiciados con la paciencia agotada. En pisos algunos sin terrazas ni jardín, pobre mundo, nos hemos cargado el planeta, la naturaleza nos ha hecho parar. Necesita recuperar todo lo que hemos ido matando, el mar, los

bosques, el aire, los animales. La tierra es muy inteligente y ahora es el momento de pagar daños.

Aquí en el recinto se está bien. Tenemos todas las necesidades cubiertas: desayuno, comida, merienda y cena, ducha, cama, ropa. Las chicas de Cruz Roja son maravillosas, nos atienden las 24h del día, nos proporcionan los medicamentos, nos asesoran de ayudas y cualquier duda que cada uno tengamos, son amables y cariñosas. Yo bromeo con los compañeros y les digo ¡No quejarse leche! Que estamos “mejor imposible”. Tenemos espacios abiertos, ajardinados para pasear, 3 pistas de futbol para jugar y hacer deporte. Por las tardes hacemos bingo, karaokes, taller de pinturas, pilates, etc. Ya conozco a casi todos. Actualmente mientras escribo mi relato, somos en total 53 personas, 47 chicos y 6 chicas. Las chicas estamos al final del pabellón apartadas por sábanas tendidas en cuerdas de portería a portería. Hay un matrimonio mayor de unos 60 años me recuerdan a mis padres. Marifé, que así la llamo yo, es un encanto. Él es algo más serio, se resiste a permanecer aquí. También hay una pareja joven de unos 35 que tienen un bebe de 2 añitos que lo tiene la familia. Gema, mi gitanita, ella se encarga de dar ropa cuando necesitamos, somos muchos colaboradores que desempeñamos labores del día a día para ayudar a la organización. Me río mucho con todos, cuando salgo a fumar un cigarrito busco a Mustafa, un africano mayor de 74 años, que es pura felicidad. Quiere llevarme a Denia de vacaciones. Otro hombre mayor, Miguel, me

da mucha pena. Apenas se sostiene en pie, es muy delgadito, de unos 40 kg y tiene la mirada noble. Tantos años trabajando con estas personas ya no puedo evitarlo. Con los jóvenes me lo paso bien, hablamos de todo y reímos. A veces la paciencia se les agota y hay “rifi-rafes” entre ellos pero es normal, demasiado bien lo llevamos. Lhaj con su genio, se enfada a la mínima con alguien, pero yo lo calmo. Por otro lado, necesito chocolate y pipas Tijuana, soy pesada con las chicas pero, quien no llora no mama.

Todo esto pronto acabará o así lo deseo, lo siento por todas las personas que fallecieron y los que están infectados, entre todos venceremos y volveremos a resurgir a volver con nuestra vida cotidiana a besar y abrazar a nuestros seres queridos. Hasta hoy estamos todos sanos y espero que así sigamos el día de la liberación, lo celebraré, saldré a la calle a cantar y me beberé una cerveza fresquita.

Estoy muy agradecida por la oportunidad que Cruz Roja me ha dado. La coordinadora Mary Castaño. A María, que la quiero y la llamo mi sargenta. A Sonia, un amor. A Carmen, la 2ª jefa. A Silvina, nobleza en persona. A la divertida Alexandra y a Camila, un corazón. A Jaime, un cachondo y Renzo, la disciplina. A todos los compis que se portan de lujo y en especial a mi Lhaj de mi alma, sin él no sé dónde estaría. Paciencia a todo el que lea mi relato después de la tormenta llega la calma.

SUERTE, SALUD Y FUERZA.